

ARK: <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s25251635/zgji12c27>

Dossier **LOS PROYECTOS DEL AGRO PARA LAS SOCIEDADES LATINOAMERICANAS EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA: COALICIONES, CONFLICTOS SOCIOTERRITORIALES Y RESISTENCIAS**

LOS CAMPESINOS EN LA PRODUCCIÓN ALIMENTARIA Y LAS POLÍTICAS DEL CAMPO EN MÉXICO EN EL SEXENIO 2018-2024

Peasants in food production and rural policies in Mexico during the 2018-2024 presidential term

Gladys Karina Sánchez Juárez

<https://orcid.org/0000-0001-9339-3461>

Instituto de Investigaciones Sociológicas,
Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, México
gkarinasj@iisuabjo.edu.mx

Resumen

En el mundo se han generado grandes cambios que han llevado al dominio de la producción agroalimentaria por parte de las empresas multinacionales. Particularmente, en México se privilegiaron las políticas de ventajas comparativas y en las últimas décadas se aplicaron políticas neoliberales dogmáticas. En el periodo 2018-2024 se anunciaron cambios importantes y observamos dichos cambios en las políticas públicas dirigidas al campo mexicano. Por ello, nos planteamos el objetivo de analizar el papel del campesinado del sur de México en la producción agroalimentaria, así como su capacidad para sumarse o adaptarse a las políticas públicas del gobierno federal en el sexenio actual, buscando analizar tanto el papel de los campesinos como la dinámica de dos programas emblemáticos del periodo 2018-2024 en México que responden a una lógica de impulsar el campo.



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>
Los autores conservan sus derechos

Palabras clave: alimentación; campesinado; globalización; políticas agrícolas; México

Abstract

In the world, great changes have been generated that led to the dominance of agri-food production from multinational companies. Particularly in Mexico, comparative advantages policies were privileged and in the last decades dogmatic neoliberal policies were applied. In the 2018-2024 period, important changes were announced and we observed these changes in public policies aimed at the Mexican countryside. For this reason, we set ourselves the objective of analyzing the role of the peasantry of southern Mexico in agri-food production, as well as their ability to join or adapt to the public policies of the federal government in the current six-year term, seeking to analyze both the role of peasants and the dynamics of two emblematic programs of the 2018-2024 period in Mexico that respond to a logic of promoting the countryside.

Keywords: food; peasants; globalization; agricultural policies; Mexico

INTRODUCCIÓN

Con la pandemia del COVID-19 se vivieron condiciones de incertidumbre para un conjunto de situaciones; aunque diversos, los efectos más graves de la enfermedad estuvieron asociados a comorbilidades por la diabetes y la obesidad, que en general son enfermedades que se vinculan al tipo de alimentación que tenemos. En México, a través de la Secretaría de Salud¹, se socializó la información de que dichas enfermedades son, en gran medida, efecto del consumo de productos ultra procesados -como las bebidas azucaradas-, con altos contenidos de so-

¹ La Secretaría de Salud -equivalente al ministerio en otros países- es la institución federal de México que atiende temas de salud, desde la regulación hasta las instancias que ofrecen servicios de salud dependientes del gobierno. Ahora bien, por la desconcentración realizada en la época neoliberal, existen instancias que están a cargo de las entidades federativas; en ese caso, las instituciones llevan el nombre de la entidad, por ejemplo, en Oaxaca, el nombre de la instancia desconcentrada es Secretaría de Salud. Servicios de Salud de Oaxaca.

dio, calorías, harinas y carbohidratos; en contraparte su contenido nutricional es sumamente bajo.

Derivado del análisis de las situaciones graves que se presentaron en algunos pacientes por el contagio de la pandemia, desde la Secretaría de Salud en México se tomaron decisiones respecto al etiquetado mínimo que deben tener los productos ultra procesados. Así, si bien no puede prohibirse su circulación en el mercado, al menos se debe advertir sobre el contenido calórico, de sodio y de grasas de estos productos, con lo cual de forma consciente e informada, la población puede consumir o no un producto que lejos de alimentar incide directamente en la generación de enfermedades crónicas.

A la par de esta misma preocupación por la alimentación y los efectos de la pandemia no sólo en la salud sino también en la economía, el gobierno de México pensó que la producción agroalimentaria podría disminuir, aunque afortunadamente por el contrario la producción no sólo se mantuvo sino que aumentó. Por lo tanto, se sostuvo la decisión gubernamental de impulsar desde el Plan Nacional de Desarrollo la producción agroalimentaria en el país, que se sustenta con los programas *Producción para el Bienestar* y *Sembrando Vida*, que si bien depende de la Secretaría de Bienestar también está encaminado a apoyar la producción del campo. Con ambos programas se privilegia la producción de pequeñas escalas, es decir, la producción campesina.

Ante los cambios que observamos en las políticas públicas dirigidas al campo mexicano, y continuando con la postura de seguir revalorando el trabajo campesino en el país, este artículo tiene por objetivo analizar el papel del campesinado del sur de México en la producción agroalimentaria, así como su capacidad para sumarse o adaptarse a las políticas públicas del sexenio 2018-2024. Buscamos analizar tanto el papel de los campesinos como la dinámica de dos programas emblemáticos del sexenio actual en México, que responden a una lógica de política pública dirigida a impulsar el campo.

La metodología para el análisis tiene una perspectiva histórica estructural. Para la obtención de información se recurrió a fuentes oficiales,

entrevistas a personal técnico de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER) y de la Secretaría de Bienestar y visitas *in situ* a las localidades Ojo de Agua en el municipio San Jerónimo Sosola y Los Ocotes en el municipio de la Heroica Ciudad de Ejutla de Crespo, en el estado de Oaxaca, México. Asimismo se realizaron entrevistas a campesinos que participan en los programas de Producción para el Bienestar y Sembrando Vida.

PROBLEMÁTICAS HISTÓRICAS DE LA AGRICULTURA EN MÉXICO

Históricamente la agricultura del sur de México se configura principalmente por producción de pequeñísimas escalas, de temporal, es decir sin riego, en terrenos accidentados, con orografías sumamente complicadas, con baja tecnología en la medida que gran parte de los campesinos se integraron a la agricultura tradicional a través de paquetes tecnológicos que el propio gobierno mexicano transfirió. No obstante, desde la década de 1980 los insumos han tenido precios elevados, debido a que dependen del petróleo y de industrias transnacionales.

Una situación similar se observa con los procesos agroecológicos. Si bien este tipo de producción integra una gran gama de conocimientos ancestrales, y de comunidades indígenas en particular, las prácticas agroecológicas también han evolucionado, y estos conocimientos ya no son propios de los actuales campesinos. Con ambas situaciones observamos cultivos que crecen casi de manera natural, excepto por la elevada cantidad de mano de obra que se invierte en su producción.

Ahora bien, los campesinos del sur, cuyos cultivos principales son los granos básicos como maíz y frijol, dejaron de ser apoyados con los pocos programas del campo existentes. Por ejemplo, cuando los precios de garantía dejaron de funcionar por la lógica de competencia libre con la entrada en vigor del Tratado de América del Norte (TLCAN), durante algunos años con CONASUPO les ayudaron a comercializar maíz y frijol a través de las tiendas y dejaron de comprar los granos a los campesinos. Los granos fueron negocio hasta principios de la década de 1990, cuando grandes agroempresarios que se instalaron en el norte produjeron a grandes escalas y se convirtieron en los proveedo-

res principales de maíz. Desde las instituciones gubernamentales se consideró más viable, en términos económicos, importar alimentos que producirlos, situación que se sumó a la incapacidad productiva que ya presentaba el sector agropecuario. Mientras que en 1985 la importación de granos como maíz, frijol, trigo y arroz ascendía a 16.3% del consumo nacional, en el trienio 2012-2014 llegó a ser de 46.4% (Calva, citado por Rubio, 2018: 80).

Se ha llegado a estas cifras porque desde los años 1990 la implementación de estrategias productivas como la de ventajas comparativas sobre todo consistió en importar los granos básicos, porque “resultaba más barato comprar que producir”. Esto generó un gran deterioro en la producción alimentaria, porque se desincentivó la producción de los granos básicos, lo que impactó negativamente porque el principal cultivo de los campesinos en el Sur de México es la producción de maíz y frijol, en pequeñas escalas, y resultó imposible competir con los precios de los granos de importación.

Como resultado, no se apoyaron los procesos productivos de pequeños productores con lógicas campesinas, y adicionalmente se violentaron sus derechos porque se forzó a la migración: se abandonó la producción propia debido a que resultó casi imposible seguir dependiendo del campo, y los apoyos gubernamentales se orientaron a los cultivos de exportación. Además, el apoyo sólo se dirigió a organizaciones constituidas legalmente, muchas de las cuales eran o son corporativas, en tanto aquellas como las de café, caña y muy pocas de granos básicos se mantuvieron con producción real; surgieron otras como las que producen cítricos, frutas, hortalizas, integradas por productores de mediana escala.

Desde los noventa y todo lo que va del siglo XXI el apoyo se centró en las grandes empresas agroindustriales, porque se consideraron las únicas competitivas para producir alimentos con capacidad para comercializar; fueron ampliamente beneficiados a través de programas de Apoyos y Servicios a la Comercialización Agropecuaria (ASERCA) (Fox y Haight, 2010). De hecho, “en 2009, la transnacional Cargill recibió quinientos millones de pesos en apoyos a la comercialización...”

(Haight, 210). Dichas empresas se instalaron en el norte del país y recibieron apoyo hasta el año 2018.

Finalmente, un problema que afecta a toda la población rural y directamente a la producción agropecuaria en las últimas dos décadas es la violencia, con procesos del crimen organizado, la participación de jóvenes en esas dinámicas y la fractura del tejido social en los territorios, lo cual, como en diferentes momentos históricos, expone a la población a situaciones complicadas para continuar con la reproducción social en sus propias comunidades, amenazada incluso en su propia integridad.

Todos los fenómenos mencionados se analizan como efectos directos de las problemáticas desencadenadas por las políticas centradas en el planteamiento político ideológico del neoliberalismo. El modelo económico neoliberal, sobre todo, tuvo su base en la liberalización comercial, la privatización y en dejar al mercado como el centro en torno al cual se toman las decisiones productivas y comerciales.

EL CAMPO MEXICANO EN MEDIO DE LA REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y PRODUCTIVA

En el periodo de la posguerra, mientras a nivel mundial se asentó un Estado fordista-keynesiano, en América Latina bajo esta misma lógica se impulsó el modelo de sustitución de importaciones, dentro del cual el sector agrícola fue el principal proveedor de bienes para sostenerlo, con una producción tanto de materias primas como de alimentos vendida por debajo de los costos productivos. Por tanto, se destinaban subsidios al campo que permitían fortalecer la producción agropecuaria y el Estado, ampliamente interventor, tenía presencia en los procesos de producción y comercialización de productos e insumos agrícolas.

El rasgo principal del modelo de sustitución de importaciones fue mantener la producción de alimentos baratos, materias primas a bajo costo para la industria, y abaratar la mano de obra con el objeto de obtener precios finales bajos (Rubio, 2001: 35; Gauster, 2011). En cuanto a los alimentos en particular, su abaratamiento se logró por la alta pre-

sencia de producción campesina. En algunos países de América Latina, en particular en México, los campesinos lograron metas concretas en su lucha por la tierra, con lo cual hubo una recomposición en la estructura agraria y se potenció el minifundismo a partir de 1940, de manera que los campesinos lograron insertarse en la economía bajo el modelo neoliberal con la producción de alimentos a bajos precios (Sánchez, 2015).

Hasta principios de la década de 1970, los campesinos resultaban funcionales al sistema económico, en tanto que podían ser productores de alimentos baratos para satisfacer la demanda de la población. Sin embargo, la crisis agrícola en los países latinoamericanos tuvo lugar a principios de la década de 1960, en tanto que su participación en los cultivos de exportación registró una caída, y la recesión de mediados de los setenta deprimió las ventas de productos procesados en los países desarrollados, al tiempo que en América Latina empezaba a mostrarse un déficit alimentario (Rubio, 1997 y 1999).

Así, el esquema campesino de producción se fue agotando, y en 1982 se evidenció una crisis en el sector agrícola debido a la caída en los precios internacionales: la agricultura dejó de ser la base material de la industria. La agroindustria tradicional entró en crisis porque los costos de insumo se elevaron, los mercados nacionales dejaron de ser rentables y la “vía campesina de producción” dejó de ser funcional para este sistema. Con este proceso se marca una ruptura del vínculo entre la industria y la agricultura que había prevalecido en la posguerra (Rubio, 1997 y 1999).

El sector industrial, por su parte, lograba extraer los excedentes de la agricultura sin invertir costos en el proceso productivo, de tal manera que esa explotación depredadora, en detrimento de la productividad campesina, llegó a su límite al momento en que se incrementaba la demanda de los alimentos. Por otra parte, empezaba a generarse un aumento de movilidad humana de las zonas rurales a las zonas urbanas, hecho que trajo como consecuencia un aumento en la demanda de alimentos y redundó en el déficit productivo de los campesinos. En consecuencia, algunos países como México comenzaron a importar ali-

mentos básicos, lo cual provocó la exclusión de los campesinos como sector productivo (Rubio, 2001).

Rubio (1999) argumenta que a finales de los años ochenta y principios de los noventa se dio un proceso de relocalización de inversión extranjera, debido a que los mercados nacionales de alimentos básicos se deprimieron, por lo que las agroindustrias se mudaron hacia países industriales con nuevos nichos de mercado como las frutas, flores y hortalizas.

Con estos cambios en la reestructuración productiva, muchas empresas se fusionaron para tener mayor control y poder económico, de tal manera que se abrió paso el dominio de las agroindustrias globales. A diferencia de las agroindustrias de corte fordista, las globales se centran en ofrecer productos con un elevado contenido de valor agregado, lejos de disminuir costos (Rubio, 1999).

GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL, CON UN ESTADO SUBORDINADO PARA AMPLIAR EL CAPITAL EN MÉXICO

Ahora bien, la reestructuración productiva deviene de procesos de carácter global; podemos observar que durante el fordismo se aparejó el modelo sustitutivo de importaciones, que se agotó, y posteriormente asistimos a un modelo diferente.

La época del fordismo culminó con una crisis que gestó un nuevo modelo de acumulación: un periodo “posfordista”, que se basó prácticamente en la rápida transformación de las formas de organización del trabajo con la introducción de nuevas tecnologías en los ámbitos de la producción y la comunicación. Se abrió paso a un proceso de flexibilización para obtener mayores rendimientos del capital, principalmente laboral, porque permite reducir los costos en la producción con el objetivo de restablecer las tasas de rentabilidad (Hirsch, 2001).

Siguiendo esa lógica, se impusieron medidas de “desregulación” económica y social, se generó la pérdida de seguridad social, los salarios dejaron de aumentar porque se desvincularon del consumo y los convenios laborales colectivos perdieron importancia, dando lugar a un

acelerado proceso de precarización de la fuerza de trabajo. En la misma lógica, el proceso de acumulación flexible está directamente relacionado con el auge de la evolución tecnológica en información y comunicación, conocida como la tercera revolución científica-tecnológica, que posibilitó la subdivisión y relocalización espacial de algunas actividades empresariales y fases del proceso productivo. Todo ello generó cambios en el ciclo económico de producción para unirse al impulso de la internacionalización del capital, lo que representa una fase histórica de las relaciones de capital (Hirsch, 2001).

Este proceso de flexibilización posibilitó el desarrollo de la globalización neoliberal, en tanto que el mercado se colocó como el centro de poder para organizar la economía, de tal forma que el Estado dejó de intervenir en procesos económicos, aunque no perdió su importancia como estructura política para generar condiciones que propicien la internacionalización del capital; es decir, un proceso histórico de ampliación del capitalismo mundial que se consideró desde su origen (Marx y Engels, 2000; Held y McGrew, 2003). No obstante, lo novedoso es que las empresas multinacionales y las instituciones políticas internacionales se volvieron figuras hegemónicas, aunque los Estados nacionales mantuvieron su importancia porque se requieren para realizar cambios institucionales, legales y políticos que garanticen la amplia liberación de mercados financieros y de bienes.

En esta fase del capitalismo mundial, el sector financiero logra definir las dinámicas del mercado con más fuerza que el propio sector productivo. Al existir un predominio del sector financiero sobre la economía para ampliar el capital, estamos ante procesos de financiarización (Ianni, 1996), que están determinando el resto de los sectores económicos y las formas de organización social. Así, la globalización neoliberal se caracteriza por la liberalización de los mercados de dinero y capital, la creciente movilidad mundial de las fuerzas de trabajo, la aceleración de las redes de comunicación y la homogeneización de pautas culturales y de consumo.

Las empresas multinacionales cobran importancia en este contexto por su búsqueda de lugares propicios para alcanzar mayores tasas de renta-

bilidad, por lo que la perspectiva nacional se desvanece en la medida en que lo importante es la ampliación del capital más allá de la nacionalidad de la empresa que lo reproduce, convirtiéndose en multinacionales que compiten libremente en los mercados y generando que se abandone la protección de la industria local (Hirsch, 1996; 2001).

En este contexto, los Estados abandonaron su carácter regulatorio omnipresente que mantuvieron durante el fordismo, y se volvieron selectivos en su proceso de regulación: se generó un cambio en las relaciones del Estado con la sociedad y el mercado. El mercado se volvió predominante en el proceso económico, la sociedad dejó de considerarse importante al romperse la relación entre consumo y salarios, y el Estado dejó de regular gran parte de los procesos de capital, concentrado en privatizar los bienes públicos y liberalizar los mercados de productos, bienes, servicios y fuerza de trabajo.

Los Estados se constituyeron casi exclusivamente en la palanca del proceso de acumulación a favor del gran capital eminentemente internacional, debido a que privilegiaron la apertura comercial y las ventajas comparativas que ofrecen frente a otros países. En este proceso, flexibilizaron la normatividad laboral, fiscal, ambiental, etc., y en varios casos abrieron totalmente las fronteras al comercio y establecieron todas las condiciones favorables para generar mayores tasas de rentabilidad en comparación con el resto de naciones. Esta nueva función del Estado es lo que Hirsch (2001) denomina “Estado nacional de competencia”.

Con el cambio de modo de regulación, se modificaron las estrategias de poder en el plano mundial, en tanto que los países centrales formaron bloques de poder por regiones para ampliar y mantener sus espacios de influencia (Hirsch, 2001). De esta manera, se acelera la internacionalización del capital, dando como resultado una reestructuración política, social y económica de carácter global (Hirsh, 1996 y 2001; Sousa Santos, 2005).

En esta etapa, los Estados nacionales mantienen una interdependencia cuya característica fundamental es una estratificación económica

mundial que separa a las regiones beneficiarias de la acumulación de capital (áreas centrales) de aquellas que se encuentran en constante desventaja (áreas periféricas), como consecuencia del intercambio desigual (Wallerstein, 2001 y 2005). A nivel mundial se incrementa el desarrollo desigual y se deja lugar a la influencia de las empresas multinacionales y de los organismos internacionales en las decisiones nacionales de cada Estado (Hirsh, 2001; Sousa Santos, 2005).

Estas regiones de poder se forman a través de acuerdos económicos o tratados comerciales; por ejemplo, Estados Unidos se mantiene como centro regional en América a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), porque con ello amplía sus mercados y define claramente su región de influencia económica.

Al mismo tiempo, se profundizan las desigualdades entre el centro y la periferia, puesto que los países centrales logran avanzar ampliando sus mercados con producción de alta tecnología; en tanto que los periféricos quedan paulatinamente marginados; incluso se produce un retroceso porque experimentan un proceso de reprimarización de sus economías, reduciéndose a proveedores de materias primas, o bien, se vuelven países maquiladores, como la mayoría de los latinoamericanos, contexto en el que México no es la excepción.

En general, las transformaciones del Estado nacional redundaron en la pérdida de “soberanía”, en particular en aquellos países que se identifican como subdesarrollados (Altvater, 2003). En estos, se transfirieron las funciones públicas al mercado, mediante la privatización de servicios básicos, por ejemplo, la salud y la educación. No obstante, cabe destacar que la flexibilización de las políticas aún depende de las relaciones de fuerzas sociales; en tanto, los Estados nacionales también funcionan de acuerdo con las presiones sociales y no sólo por los poderes económicos.

En el caso de México en particular, a través del TLCAN se observa que se amplió la liberalización comercial de bienes y de capital, pero se endurecieron las leyes de movilidad humana, lo que ha provocado condiciones de vida totalmente desiguales con la migración irregular, cuyo

primer efecto es el abaratamiento de la mano de obra, que favorece la competitividad de la economía de Estados Unidos.

Con la globalización se dieron transformaciones en las formas de ampliar el capital y en las funciones del Estado, y ambas situaciones afectaron la vida de la población, de manera particular en la sociedad rural que depende económicamente de la producción del campo. En este sentido, con el proceso de globalización el sector agroalimentario sufrió grandes cambios. Uno de los más importantes es indudablemente el dominio que ejercen las empresas multinacionales en la producción y la comercialización, en particular por la capacidad que tienen de invertir grandes cantidades de capital en publicidad e investigación, por lo que se forman monopolios globales agroalimentarios, que producen, transforman, comercializan y tienen la capacidad de modificar procesos productivos con profundas innovaciones tecnológicas. Por ejemplo, la implementación de paquetes tecnológicos de agroquímicos y lo más reciente con semillas genéticamente modificadas que no pueden reproducirse: se tienen que comprar las semillas en cada ciclo productivo y son precisamente las empresas multinacionales las que ofertan estos productos.

Si bien el proceso de industrialización agrícola inició con la revolución verde, en la actualidad es la revolución biotecnológica la que predomina, es decir, la implementación de agroquímicos para disminuir costos productivos en quitar malezas con mano de obra. Existen herbicidas y fertilizantes sintéticos que elevan los rendimientos en cosechas, y las semillas transgénicas son más resistentes a climas adversos y plagas. Si bien tienen el objetivo de disminuir costos y aumentar la productividad, los resultados demuestran costos productivos elevados en términos monetarios, ambientales y para los trabajadores del campo, por el uso excesivo de químicos que afecta directamente su salud (al respecto existen estudios sobre efectos en la salud de los trabajadores del campo, como malformaciones, cáncer y no sólo en los trabajadores sino en sus familias y descendientes). Finalmente, la evolución de la tecnología generó la posibilidad de sustituir productos como azúcares por edulcorantes, mantequillas por sustancias grasas, etc.; es decir, diversos pro-

ductos agropecuarios pueden sustituirse con productos altamente procesados, por lo que se aceleró la pérdida de importancia de la producción agropecuaria, a pesar de que, en términos nutrimentales, los productos sintéticos no aportan lo mismo que un producto agroalimentario.

En ese mismo sentido, la producción agropecuaria se visualiza hoy como un simple insumo industrial, con el objetivo de someter a los productores a las exigencias que impone la industria alimentaria y otras con sus criterios de calidad y costos. A esta situación se agrega que el sector agrícola representa cada vez menos importancia económica en el sector agroalimentario, en comparación con la agroindustria y el sector servicios, además de que la misma industria se encarga de fabricar insumos para la producción agropecuaria, incide así en la forma de producir y amplía las posibilidades de aumentar sus ganancias.

Los circuitos de comercialización y distribución son tan costosos que desdibujan la relevancia económica de los productos agropecuarios, además de las innovaciones técnicas de procesamiento de alimentos, conservación y deshidratación que posibilitan elevar el valor agregado en los procesos de industrialización (Sánchez, 2015; Renard, 1999). Por otra parte, ante una lógica de mercado global, la exigencia de competitividad y eficiencia también genera presión para disminuir los costos de producción, de tal forma que las multinacionales buscan bajar sus costos movilizándose hacia los países donde la mano de obra es más barata, o mediante una estrategia de abastecimiento global acompañada de la especulación financiera.

A pesar del dominio que ejercen las agroindustrias transnacionales, la agricultura mexicana sigue siendo muy diversa porque algunos productores continúan con sus procesos artesanales. En particular es el caso de la agricultura del sur de México, donde la mayor parte de la tenencia de la tierra es social; son terrenos accidentados y con un acceso limitado o sumamente complejo por la falta de vías de comunicación y carreteras apropiadas. Esto último también es una condicionante que

caracteriza la existencia de organizaciones campesinas que procuran inhibir o denunciar el dominio de la industria en la agricultura.

En contraparte, también hay un pequeño grupo de consumidores conscientes que prefieren valorar la producción agroalimentaria saludable, por lo que existen nuevos espacios de mercado con modelos de consumo socialmente contruidos y compartidos, que revaloran la ecología, la economía solidaria, la autenticidad, la salud. Estos consumidores conscientes se inclinan por aquella producción que conserva el medio ambiente, favorecen procesos de desarrollo local y desconfían de la biotecnología que se aplica en el sector agro-alimentario, debido a que están más preocupados por adquirir productos naturales.

En estos nichos de mercado algunos grupos de productores participan con su producción agroecológica. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la agroecología además de ser una ciencia, es un conjunto de prácticas que buscan la sustentabilidad de los sistemas agrícolas para optimizar y mantener la producción. Es un sistema que utiliza insumos renovables locales, por ejemplo los arvenses circundantes, los rastrojos y otros, porque se considera un agrosistema como unidad con manejo de enfoque ecológico que permita la sustentabilidad del sistema. Se sustenta en el conocimiento local, aunque adapta soluciones tecnológicas de acuerdo a cada lugar particular, por lo que el manejo colectivo es fundamental. Sin embargo, es un concepto que surgió recién en la década de 1970, en oposición a la agricultura industrial (Martínez, 2002); en la actualidad se considera una ciencia y existen profesionales de agricultura con este enfoque específico que buscan articular la naturaleza, producción y cultura.

Asimismo, en estos circuitos de mercado especializados se tejen redes entre productores, intermediarios y consumidores, que se movilizan en torno al valor de la solidaridad y de la justicia con el objetivo de impulsar desarrollos autogestivos. Entre estas experiencias encontramos la agricultura orgánica certificada y el sistema de comercio justo internacional, con algunas limitaciones porque no se logra dimensionar que se trata sobre todo de productos de elevada calidad (Renard, 1999).

En el contexto de la pandemia de COVID-19 la alimentación sana se revaloró por un momento, o por lo menos se tomó conciencia de las formas en que nos alimentamos, debido a que este aspecto se consideró clave en el desarrollo y gravedad de la enfermedad. Este aspecto se revaloró tanto en la sociedad como en las instancias gubernamentales de salud.

Por lo anterior, además de una nueva reglamentación de etiquetado que determinó el gobierno federal para advertir a los consumidores de la sociedad mexicana sobre el contenido calórico, de grasas y sodio de cada producto procesado, también se impulsó la producción alimentaria en el país de manera particular con los programas *Producción para el bienestar*, dirigido a pequeños productores de maíz y frijol (de 2 a 5 hectáreas de extensión de tierra) y *Sembrando Vida*, que tiene como requisito que los beneficiarios cuenten con parcelas de maíz, frijol, frutales y hortalizas, en gran medida porque el gobierno ya lo tenía establecido así en el Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024 con el fundamento de impulsar una alimentación propia y saludable.

CAMBIOS DE LA POLÍTICA AGRÍCOLA A TRAVÉS DE LOS PROGRAMAS *PRODUCCIÓN PARA EL BIENESTAR Y SEMBRANDO VIDA*

Se observan cambios importantes en la relación entre campesinado y Estado. El primer cambio tiene que ver con que se está privilegiando la producción agroalimentaria en pequeña escala, es decir la producción de maíz, frijol, hortalizas y frutales, producción que está en manos de familias campesinas localizadas en el sur del país; es un cambio en la relación porque el gasto social se dirige al sector social. El segundo cambio es que los apoyos se están distribuyendo de manera individualizada, y no a través de organizaciones campesinas, por lo que se tiene la intención de eliminar la relación corporativa y evitar las intermediaciones para distribuir recursos públicos. Es decir, la relación entre el campesinado y el Estado no es la misma cuando se establece a través de corporativos que cuando se establece de manera directa a través de programas de apoyos individualizados.

Asimismo, notamos el cambio en los paquetes tecnológicos que se difunden, ya que con los dos programas más importantes dirigidos al campo, Producción para el Bienestar y Sembrando Vida, se procura fortalecer los trabajos para la recuperación de suelos con prácticas agroecológicas y reforestación de territorios.

Con respecto al programa *Producción para el bienestar*, al día 13 de marzo del 2023 tenemos los siguientes datos:

	Beneficiarios	Apoyos	Hectáreas
Nacional	1,829,805	13,027,411,680.00	5,837,007.03
Oaxaca	212,226	1,434,363,580.00	511,486.29
Chiapas	237,430	2,240,613,700.00	808,875.38
Guerrero	150,417	982,512.00	378,103.87
Veracruz	159,449	1,106,564,500.00	327,667.81
Total de 4 estados	759,522	4,782,524,292.00	1,514,647.06

Elaboración propia con datos de transparencia de Sader, al día 13 de marzo del 2023

De acuerdo con los datos de la tabla, observamos que en las cuatro entidades federativas que mostramos se concentra 42% del total de beneficiarios, con 37% de los recursos económicos destinados a este programa que representa 26% de la superficie de tierra en las que se está interviniendo. Los 759.522 beneficiarios son pequeños productores que se localizan en el sur de México y es una población que mantiene formas campesinas de producción.

Por otra parte, en términos del paquete tecnológico, en las mismas reglas de operación de 2022 aclaran que los productores no pueden utilizar sus apoyos económicos del programa para adquirir glifosato. Tanto

en los requisitos como en el seguimiento, solicitan georreferencia de los terrenos que los productores trabajan, en principio para identificar con claridad la ubicación de las extensiones de tierra que laboran y por otra parte, porque los técnicos deben verificar que cada campesino o productor cumple con los trabajos señalados en el programa.

Finalmente, el programa (o los programas) establece la asistencia técnica, que consiste en ofrecer e impartir capacitación y asesoramiento técnico de un ingeniero agrónomo con enfoque agroecológico para orientar sobre cada agrosistema. Cabe recalcar que aunque la agroecología recupera conocimientos ancestrales, muchos se abandonaron por el uso de agroquímicos, y los campesinos del siglo XXI no conocen la mecánica para preparar abonos y plaguicidas biológicos ni prácticas que favorecen los cultivos, y la asistencia técnica los orienta en estas áreas, con el objetivo de que puedan hacer una transición paulatina del manejo tradicional al manejo completamente agroecológico.

La información empírica sobre Producción para el Bienestar se obtuvo con campesinos de la localidad los Ocotes, una localidad que pertenece al municipio de la Heroica Ciudad de Ejutla de Crespo, en el estado de Oaxaca, México. Cuenta con una población de 641 personas: 341 son mujeres y 300 son hombres. Menos del 40% habla una lengua indígena, 1% de población se considera indígena. Existe 7,02% de analfabetismo, 3,90% son hombres y 3,12% mujeres. En la localidad se dedican al cultivo o cosecha de productos agrícolas, principalmente de maíz y frijol.

Se entrevistó al grupo de campesinos de la localidad Los Ocotes, quienes dan cuenta de la transición en sus cultivos de frijol, jitomate y maguey, y reconocen que en su proceso productivo actualmente utilizan 70% de químicos y 30% de abonos biológicos en sus cultivos, y esperan que paulatinamente puedan abandonar por completo los químicos. Hasta el momento, su reflexión es que los químicos tienen precios cada vez más elevados, además de necesitar cada vez mayores cantidades por la erosión del suelo que genera su aplicación. También comentaron en entrevista que en los dos últimos años, es decir, entre 2020 y 2022, los químicos subieron de precio en un 200%.

Los campesinos comentaron que observan que los abonos biológicos hacen el trabajo contrario, porque en cada aplicación fortalecen el suelo y no requieren inversión económica, sólo una cantidad importante de mano de obra, lo cual a veces puede limitarlos. Demuestran gran entusiasmo con los resultados que están obteniendo hasta el año 2023, ya que su producción se mantiene o incluso en algunos casos aumenta, y comprueban que los suelos efectivamente se enriquecen porque sus rendimientos de cosecha han mejorado con la aplicación de abonos biológicos y la disminución de agroquímicos.

Cabe destacar que la metodología del acompañamiento técnico se basa en las *escuelas de campo*: es una metodología de extensionismo agrícola que tiene el objetivo de fortalecer los conocimientos de los propios campesinos, la observación continua y experimentación para adaptar lo más apropiado al manejo de cada cultivo. Es un espacio de práctica para preparar abonos, plaguicidas, microorganismos, foliares y demás, en el que todos tienen que participar con prácticas y aplicación de los productos para observar los resultados posteriores. Al final, esta experiencia les permite adaptar el abono más adecuado en sus cultivos, siempre recurriendo a insumos locales. Existe un técnico que atiende varias escuelas de campo y a través de este proceso se otorga la asistencia técnica, que depende directamente de la Dirección General de Logística y Alimentación de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER).

Respecto al grupo de campesinos de Los Ocotes, se trata de 12 beneficiarios de Producción para el bienestar y 17 que no lo son; sin embargo, los 29 hombres y mujeres ya son un colectivo que no tiene ninguna figura jurídica, pero cuyo espacio, la escuela de campo, se denomina “biofábrica” porque está produciendo insumos biológicos para aplicar en sus cultivos. Quieren ampliarlo, mejorarlo y sostenerlo con el apoyo del programa o sin él.

Este grupo de campesinos actúa colectivamente en la preparación de insumos, pero sus parcelas son individualizadas y cuentan con un promedio de 2,5 hectáreas dedicadas al cultivo de frijol y maíz. Es cultivo de temporal, y sólo unas pequeñas extensiones de tierra tienen riego,

por falta de infraestructura y agua, ya que si bien cuentan con una presa para riego, construida a finales de la década de 1970, el agua que se almacena no es suficiente para regar todos los cultivos. Adicionalmente, algunos tienen cultivos de maguey o jitomate, otros tienen ganado bovino, caprino y cerdos, por lo que el forraje que tienen de su cultivo lo usan para alimentar a su ganado.

Los campesinos que participan han realizado aportaciones para mantener su presa, en general entre 10 y 20% del costo del desazolve que se requirió en distintos momentos. El grupo de campesinos tiene alrededor de 40 hectáreas dedicadas a este cultivo en conjunto, y puede llegar a cosechar cien toneladas de frijol de acuerdo con los datos del último ciclo productivo; toda su producción la comercializa con los intermediarios que llegan hasta la localidad para comprar el grano.

Actualmente, además de cuidar su presa, también mantienen su biofábrica para la producción de abonos y plaguicidas biológicos, como bocashi, lombricomposta, lixiviados de lombriz, bioles, insecticidas orgánicos y bactericidas. Lleva tres años en procesos de capacitación de la escuela de campo. En particular, durante la época de estiaje organizan más capacitaciones porque tienen más tiempo para ello, ante lo cual expresan su satisfacción con los resultados de cada abono, así como los aprendizajes que consideran van a ser de gran utilidad para el futuro de sus cultivos. No obstante, tienen muy claro que, después de haber usado químicos por casi sesenta años, no será un proceso rápido abandonar su aplicación: en el año 2023 ya usan 30% de abonos biológicos, lo cual han logrado en tres años.

El programa *Sembrando Vida*, de la Secretaría de Bienestar, es una política social que atiende la pobreza rural: tiene el propósito de generar empleo y garantizar a la población campesina su bienestar; busca fomentar la actividad agropecuaria y forestal y dotar de pequeña infraestructura, insumos, créditos, servicios de capacitación y asistencia técnica. Está diseñado para atender a la población rural que se encuentra en las regiones de más alta biodiversidad del país, localidades marginadas, de medio a muy alto grado de Rezago Social de acuerdo con el

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL).

El programa ha ido creciendo en presupuesto e incidencia territorial: a partir de septiembre 2021 amplió su cobertura en 6 entidades federativas: 1) Guerrero, 2) Oaxaca Istmo, 3) Oaxaca Mixteca, 4) Michoacán, 5) Hidalgo y 6) Morelos. Para esta área territorial tiene como meta tener 21.000 sembradoras y sembradores formando parte del Programa, es decir, beneficiarios del mismo.

Un componente interesante de este programa es la vinculación establecida con el programa *Jóvenes Construyendo el Futuro*, debido a que el segundo otorga becas a jóvenes para tener experiencia laboral. Esto es positivo en dos sentidos: primero porque la experiencia laboral está relacionada con el campo en producción alimentaria y de reforestación, segundo porque se genera empleo y en algunos casos, permitió el arraigo comunitario de jóvenes de la misma localidad que formaron parte del programa.

El trabajo que realizan los jóvenes incluye apoyar en los procesos administrativos con la identificación de parcelas de cada campesino o campesina, enviar las evidencias del trabajo cada periodo, al tiempo que facilitan acompañamiento técnico para establecer viveros comunitarios con plantas para reforestación, frutales y hortalizas, y capacitar en la práctica del sistema de Maíz Intercalado con Árboles Frutales (MIAF), con el objetivo de fortalecer sistemas agroforestales.

Entre finales de 2022 y 2023 se están generando espacios de comercialización de la producción de los beneficiarios, a través de lo que llaman tianguis campesino. Se trata de espacios en mercados regionales con doble propósito: en principio, para que los y las campesinas puedan comercializar la producción que están generando con el programa, y después, para acercar alimentos sanos a la población local, debido a que se trata de producción con manejo agroecológico.

Para contar con información empírica de este programa visitamos las localidades de Minas de Llano Verde y Ojo de Agua, ambas pertenecientes al municipio de San Jerónimo Sosola. De acuerdo con la expe-

riencia que nos compartieron, los y las campesinas de Ojo de Agua iniciaron con un apoyo de 4.500 pesos mensuales, aunque actualmente es de 6.000. El apoyo se mantiene siempre que la o el técnico compruebe que realizaron las labores de viveros, reforestación y cultivo en sus parcelas así como en los espacios de la localidad destinados a reforestar.

Para los campesinos, si bien es un apoyo que les ha permitido en varios casos mantenerse en su comunidad sin necesidad de migrar ni siquiera de forma temporal, también implica mantener un trabajo constante en sus parcelas, porque todos los días se debe regar y realizar diversas labores de cuidado en los huertos o milpas -como el señor Donaciano, que tiene limones, durazno, níspero, manzana, sábila, además de hortalizas que cultiva para consumo familiar.

Para integrarse como beneficiarios todos deben contar con dos hectáreas y media para sus cultivos, acreditar la tenencia de la tierra a través de una constancia de la parcela expedida por el comisariado de bienes comunales o la autoridad correspondiente. El apoyo se les otorga cada mes, y al mismo tiempo, durante dos años aproximadamente están obligados a ahorrar una parte, que les avisan que les será devuelta.

A través del programa les dieron plantas para realizar pruebas, y a partir de la experimentación se quedaron con aquellas que sobrevivieron al tipo de suelo y clima con el que cuentan. Se les alienta a practicar el sistema MIAF, o bien, si sólo son huertos deben mantener la lógica agroforestal. En la localidad Ojo de agua también lograron experimentar en menor escala con cultivo de aguacate.

El recorrido que realizan en promedio diariamente es de un kilómetro, para trasladarse de su casa a su parcela -todos los días deben cuidar sus cultivos. Se sienten entusiasmados, porque a la fecha ya lograron obtener cosecha de limones, manzanas, pocos aguacates, milpas y hortalizas. Estos cultivos les aseguran un abasto familiar, y recientemente están comenzando a vender sus excedentes productivos.

En resumen, para marzo del año 2022, con el programa lograron reforestar en total 1.127.248 hectáreas en el país. En el estado de Oaxaca fueron 93.715 hectáreas. Entre cuatro estados del país, Oaxaca, Chia-

pas, Guerrero y Veracruz, representan 48,55% del total nacional de hectáreas. Este logro es importante, ya que de acuerdo con la información empírica notamos que se está logrando arraigar a la población beneficiaria en sus comunidades, producir alimentación sana para las familias beneficiarias y para la población local en general. Por último, lentamente se está trabajando para reparar el suelo por la erosión que se observa en la mayoría de los territorios.

En este marco de dinámicas de los dos programas dirigidos al campo mexicano es que nos fundamentamos para analizar que existe un cambio en las funciones del estado, a través de sus instituciones gubernamentales y con las decisiones que se toman en diferentes ámbitos. Estas decisiones impactan directamente en la lógica de soberanía, ya que como expusimos en el apartado de globalización neoliberal, la pérdida de soberanía o su disolución en los Estados nacionales es una de las características que se observan en los procesos de neoliberalismo dogmático global. Por esta razón nos interesa develar los cambios que en el período 2018-2024 se observan en México.

En mi opinión, la lógica de otorgar apoyos de manera individualizada es un intento por romper con el corporativismo estatal, situación que genera una modificación en la relación entre el Estado y la sociedad, debido a que se están superando las formas clientelares que se usaban a través de programas de apoyos al campo. Aunque es aventurado adelantar resultados, me parece que aunque quizá seis años no sea suficiente tiempo para lograr las modificaciones en la cultura política, lo cierto es que se observan cambios importantes para la reestructuración económica del campo. En mayor medida benefician a los campesinos a largo plazo y favorecen la reestructuración de la soberanía alimentaria mexicana.

REFLEXIONES FINALES

Con el análisis presentado considero que los cambios en el uso de paquetes tecnológicos agrícolas desde las instituciones gubernamentales de apoyo al campo son de suma importancia, al privilegiar las prácticas agroecológicas que benefician la conservación del medio ambiente y

de los suelos; se recuperan conocimientos ancestrales y se abandona la dependencia de insumos externos.

No obstante, aún faltan grandes cambios por hacer, en tanto que las empresas multinacionales ejercen presiones tan elevadas que logran convencer del uso de ciertos agroquímicos. De hecho, aún dentro del sexenio 2018-2024, de manera contradictoria, se siguen proporcionando agroquímicos a los campesinos que así lo demandan. Esto es contradictorio con el impulso de prácticas agroecológicas; sin embargo, los campesinos son conscientes de que no pueden abandonar de inmediato su uso porque la erosión de la tierra lo demanda y les llevará algunos años recuperar el suelo para abandonar completamente el uso de los químicos.

Es importante considerar que existe una heterogeneidad amplia en los territorios rurales, por lo que tanto los climas como los suelos y la cultura de los campesinos inciden sobre los avances hacia el uso completo de las prácticas agroecológicas. Un rasgo importante es la certidumbre de la tenencia de la tierra, que en muchas regiones aún es incierta porque la regularización legal depende de una instancia gubernamental, el Registro Agrario Nacional (RAN). Si bien, revisando sus bases de datos, se actualiza mes a mes desde el año 2020, cabe destacar que esta institución abandonó el proceso de actualización legal de la tenencia de la tierra por más de tres décadas, situación que no es sencilla de resolver en dos años (el plazo en el que se está redactando el presente análisis).

Respecto al programa *Sembrando vida*, me parece importante que un programa de carácter social destinado a fortalecer procesos productivos en el campo, en primer término pueda tener resultados de fortalecimiento de capacidades productivas, más allá de generar dependencia económica. En segundo lugar, no menos importante, es que al centrarse en regiones rurales es un programa que está permitiendo que la población beneficiaria se arraigue en sus comunidades, porque tienen ingresos económicos y están produciendo algunos alimentos de buena calidad.

Por último, quiero destacar la articulación entre los programas *Producción para el bienestar*, *Sembrando vida*, *Jóvenes construyendo el futuro* y *Caminos rurales alimentadores*². En cierta medida están conjugando los objetivos de los programas para generar oportunidades productivas en el campo mexicano, al tiempo que esta articulación evita la pulverización del presupuesto del gasto social.

En términos ambientales, las políticas actuales están tratando de incidir en la reforestación de territorios del país requeridos para mejorar la calidad del aire y captar agua pluvial. Adicionalmente, con la implementación de prácticas agroecológicas, se incide directamente en la calidad de alimentos que consume la población en general, así como en la conservación del medio ambiente.

REFERENCIAS

- Altwater, E. (2008). *La globalización de la inseguridad. Trabajo en negro, dinero sucio y política informal*. Paidós.
- Fox J. y Haight L. (2010), “Síntesis de hallazgos. Tendencias en la política de subsidios agrícolas” y “Capítulo 1. Metas múltiples e intereses en conflicto”. En *Subsidios para la desigualdad, Las políticas públicas del maíz en México a partir del libre comercio* (5-45). Woodrow Wilson International Center for Scholars, México.
- Gauster, S. (2011). El campesinado y las políticas públicas en América Latina, en suplemento la *Jornada del Campo*. <https://www.jornada.com.mx/2011/03/19/america.html>
- Held, D. y McGrew, A. (2003). *Globalización / antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Paidós.
- Hirsch, J. (1996). *Globalización, capital y Estado*. Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco.

² El programa *Caminos rurales alimentadores* es para infraestructura: se trata de pavimentar caminos cortos de cabeceras municipales hacia localidades con difícil acceso; se enfoca en comunidades indígenas.

- Hirsch, J. (2001). *El Estado Nacional de Competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global*. Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco.
- Iani, O. (1996). La dialéctica de la globalización en *Teorías de la globalización* (111-134). Siglo XXI-UNAM.
- Marx, K., y Engels, F. 1848, (2000) Manifiesto del Partido Comunista. Ediciones Elaleph.com
- Renard, M. (1999). *Los intersticios de la globalización: Un label (Max Havelaar) para los pequeños productores de café*. Programa de Investigación y Desarrollo en Regiones Cafetaleras de la Universidad Autónoma de Chapingo (PIDRCAFE), México.
- Rubio, B. (1997). *La vía campesina en tiempos de crisis y globalización* [ponencia] Congreso LASA, Guadalajara, México.
- Rubio, B. (1999). “Reestructuración productiva en la agricultura mexicana”. En Carton de Grammont H. (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, Plaza y Valdés, Instituto de investigaciones sociales de la UNAM.
- Rubio, B. (2001). *Explotados y Excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. Universidad Autónoma de Chapingo, Plaza y Valdés.
- Rubio, B. (2018). “La agricultura latinoamericana en la transición mundial: una visión histórica estructural, 2003-2016”. En Rubio, B., *América Latina en la mirada. Las transformaciones rurales en la transición capitalista*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Sociales.
- Sousa Santos, B. (2005). “Estado, democracia y globalización”. En *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Editorial Trotta/ILSA.
- Sánchez Juárez, G. K. (2015), *Los pequeños cafeticultores de Chiapas. Organización y resistencia frente al mercado*. Centro de Estudios de México y Centroamérica (CESMECA).
- Wallerstein, I. (2001). *Conocer el mundo saber el mundo. El fin de lo aprendido una ciencia social para el siglo XXI*, Siglo XXI editores.
- Wallerstein, I. (2005). *Análisis de Sistema-Mundo, una Introducción*, Siglo XXI editores.